

un preciosismo poético, a veces ridículo, que roza la banalidad?) En su barroquismo exterior, extremado en la imagen, será contradictorio entre lo que aquí propone como teoría estética y la ejecución de sus escritos donde la belleza acaso no es ideal —Venus y Apolo— sino la belleza rota del modernismo, recompuesta por las vanguardias. Para Ramón la belleza no existe. Es «una sensación *biológica, orgánica* —especificando—: *histológica*, sensación de confort, de poder, de inquietud, de mamiferismo, torácica, táctil». Nada parecido a una definición estética. Hay aquí mucha influencia directa de Zola e indirecta de Claude Bernard, una visión de la literatura por los microscopios de la medicina. Frente al estudio sistemático, la corazonada de la inspiración. La sensación puntual, en lugar del perspectivismo dilatado. Frente al discurrir del libro, se anuncia aquí, lo que será la esencia de la greguería, la fragmentación de la realidad. La poética de la sensación como principio filosófico<sup>10</sup> (nunca como sistema) de la nueva literatura. Una filosofía primaria de los sentidos y no de la inteligencia. Sensualidad. Ramón será un poeta de los sentidos, con muchos prosaísmos a lo Campoamor,<sup>11</sup> más que un hondo poeta sensitivo. Campoamor «prosaiza» la poesía. Gómez de la Serna «versaliza» la prosa. Aquél quiere llegar a la esencialidad, vulgar tantas veces; éste a la sensación elemental.<sup>12</sup>

La nueva literatura será para Gómez de la Serna «un conjunto de fuerzas», que responda al concepto íntimo y funcional del ser. Sus imperativos serán carnales y no espirituales, en una correspondencia orgánica entre el individuo y la sociedad. Renuncia al desmesuramiento de otras literaturas y se atreve a parecer arbitraria para ser consecuente y humana.

### 1.3. *La nueva literatura: revolucionaria o decadente*

La nueva literatura es revolucionaria, estéticamente. Más que a la inmortalidad, a la que aspiran los clásicos, se preocupa por ser actual. La actualidad es ser inmortal en el presente<sup>13</sup> (principio y fin del arte vanguardista). Para la juventud el futuro no existe. Vivir es actualizarse en el presente, quemarse. Contra el arte caduco se levanta la juventud con su derroche creador<sup>14</sup> que se pierde ante la indiferencia de las generaciones establecidas y sus códigos estéticos, que parecen inmutables. La nueva literatura que pide actualidad, sin embargo, triunfa cuando ya está caduca, asimilada por la clase pudiente y bienpensante, cuando otra nueva generación, condenada al inmediato fra-

<sup>10</sup> Algunas ideas de Bergson crearon las bases del movimiento imaginista y el caldo de cultivo para que surgiese la idea de greguería, un conocimiento intuitivo que penetra en la captación de la realidad más allá del análisis sistemático.

<sup>11</sup> Campoamor, tan desprestigiado como Núñez de Arce, por su comparación con Bécquer, necesitaría una comprensiva actualización, labor en la que ya fue pionero, acaso demasiado fervoroso, Vicente Gaos. Ello permitirá ver influencias en Antonio Machado y Miguel de Unamuno, entre otros.

<sup>12</sup> G.G. Brown en Historia de la literatura española, tomo 6, *El siglo XX*, Editorial Ariel, Barcelona, 1974, en el preámbulo, sigue la trayectoria del término humorismo, introducido por Valera y Palacio Valdés a propósito de Campoamor, hasta llegar a Gómez de la Serna y algunos autores de la generación de 1927.

<sup>13</sup> El sentido de la vanguardia es contradictorio. Quiere ser actual y quiere estar en el futuro. De ahí su inseguridad y su fracaso.

<sup>14</sup> La revista Prometeo publica en el número 6 «Fundación y manifiesto del futurismo», pp. 65-73, en traducción de Ramón Gómez de la Serna.

caso, se vislumbra en el horizonte. Sólo los jóvenes contemplan el desfase entre sus aspiraciones revolucionarias y el triunfo, muerto, de la estética dominante. Cuando Ramón pronuncia el manifiesto de la nueva literatura, todavía, la silla y la palma estaban en poder de los maestros realistas, de los nombres del noventa y ocho, del modernismo triunfante. La nueva generación pide paso y frente al pasado glorioso y condenable y al futuro incierto, proclama la actualidad del presente: «El siglo perjudicó al minuto. Tenía desconcertada la vida. Mas la afirmación personal ha implantado una nueva periodicidad. De ella se ha deducido que hay que vivirlo todo con un afán supremo sin despilfarro y como si ello fuera lo único sin solución de continuidad. Búsqueda del presente. Consumirse en la actualidad inmediata, consumarse en la vanguardia. He aquí la revolución, el sacrificio de la juventud, la fuerza creadora condenada al fracaso inmediato.

La juventud tiene prisa, no sabe medir el tiempo. Le urge decir su palabra. A veces, cree que no podrá decirlo nunca, que no le dejarán aquellos que disponen de la calle, la cátedra o la tribuna. La juventud es breve, dispone de un tiempo limitado, en el cual la revolución y la utopía es posible. Después vendrán el triunfo o el fracaso, la asimilación por el sistema, la esclerosis conservadora. Ramón, con la usura del presente que caracteriza a la juventud, escribe: «Todo lo que no es actual o no se condicione por lo actual carece de justificación».

La actualidad (el poeta intrínseco que hay en Ramón quiere ser periodista) gira en torno al espacio circundante, la calle, la casa, el barrio, la ciudad. Proclama el madrileñismo castizo, y frente al universalismo cosmopolita, exalta el sentido provinciano de la vida. «Y el día que nos aprovincianemos fomentará en nosotros la grandeza de ánimo y sabrá tirar todos los meridianos y trabajar la esfera armilar alrededor de nuestro "BELCHITE"». Ramón exige a la nueva literatura personalidad, carácter para imponerse a las muchas dificultades que acechan, entre otras al espíritu de la época, crematístico, los numerosos recelos de la gente acomodada. «Su más nociva oposición es la de los espíritus de anticuarios que atiborrantes de *intereses creados* han visto una competencia y han creado un dicterio que oponerla: "decadente"».

En el cambio generacional, los «situados» consideran a los «nuevos» decadentes. Otros términos como revolucionarios o creadores les asustan. La palabra decadente tiene un matiz peyorativo, descalificador. «Después de nosotros el caos» proclamará la generación dominante, anquilosada en las glorias de su pasado. ¿Qué es la decadencia para esta generación triunfante? Todo lo nuevo, aquello que viene a contrariar su supremacía, la usurpación del poder: «La decadencia según ellos, la forman todos esos elementos formidables de la nueva literatura». (El arte y la literatura, triunfantes, son siempre el reflejo del poder establecido, en su presencia o ausencia. La sociedad siempre dirige, incluso a sus peores enemigos.) Para Ramón, la palabra decadencia es ambigua, aunque se dice con la peor intención.

Frente a los principios establecidos —inmutables para los situados— la nueva literatura encuentra la posibilidad del juego: «Podíamos jugar, éste fue nuestro descubrimiento. Nos pareció una cosa inmensa. Para la naturaleza seguía siendo una cosa sin importancia». Este juego supone una filosofía de la vida, un gozar el mundo desde otra perspectiva, en el flirteo, el epicureísmo, la postura del *bon vivant*, el *confort* y otras

*florituras*.<sup>15</sup> «La naturaleza no pensó en esta risueña escolástica que es su principio y fin. Pero nosotros sabiamente la hemos creado.» El arte se impone a la naturaleza. El arte de gozar la vida, disfrutando de su juego. Una postura hedonista, enfrentada al sentimiento trágico de la vida. He aquí una poética de la trivialidad, de la falta de sustancia frente a lo trascendente. Una filosofía de la cotidianidad basada en el goce del presente, elogio de la comodidad. El desafío vital y estético de Ramón llega a este ejemplo, carnal y de seda, que viste a su concepto de la decadencia: «Si yo tuviera que hacer un símbolo de la decadencia hablaría de las medias negras caladas y de cómo han exaltado y hecho pluscuamperfecta la carne de la mujer». La decadencia como arte, como artificio. Dice Ramón que la naturaleza creó a la mujer sin medias. El arte completa la obra. El erotismo de las medias, negras y caladas, se impone a la desnuda naturalidad. Ramón asimila la palabra decadencia —de connotaciones eróticas— y proclama: «Seamos de la decadencia. ¡Basta saber que es encantadora!» Para un clásico, según Ramón, cambiar, transformarse, es una forma de degeneración, opinión que ridiculiza, pues degenerar es permanecer, envejeciendo. Lo nuevo no puede ser decadente. Lo decadente es lo anciano.

Se acusa a la nueva literatura de falta de probidad, de artificio. Para defenderse a sí mismo, y a la nueva literatura, Gómez de la Serna recuerda los nombres de Nietzsche, Wagner, Baudelaire. «Se cita como a juglares a Nietzsche, Wagner, Baudelaire... Este alegato se destruye citando la parte indiscutiblemente sincera de su vida, su correspondencia, esa correspondencia de los hombres extraordinarios que se creen con derecho a violar el porvenir...» En tales páginas hay verdad y no artificio. La nueva literatura es más íntima, más desgarrada de lo que parece.<sup>16</sup> Bajo la apariencia del arte, la procesión va por dentro: «La literatura personal, verdaderamente personal, está obligada a vivir residenciadamente en sí misma. Tanto por el público como por sus arrendatarios». Hay aquí una alusión al exilio interior del escritor de fondo. Y una gran paradoja de Ramón, escritor exterior que se divertía, perdiéndose en el juego. De la enajenación de superficie, de artificio, volvía a la residencia interior, a la soledad que cerca al escritor. Se enfrenta con el «burgués», contra quien descarga sus fobias y sus iras. «El burgués tendría que hacer un esfuerzo mayor a sus esfuerzos usuales: aglomerar más sangre en el cerebro, y esto es imposible porque la tiene toda agolpada en el estómago, donde no le da abasto.» Ramón todavía joven, no se ha convertido en esa caricatura de sí mismo que es el escritor situado, un buen burgués, ridículo.

Alude Ramón a las muchas dificultades que acechan a la nueva literatura: «En cuanto a los arrendatarios se pagan del público, y la revista y la prensa se niegan a toda obra verdaderamente personal». La nueva literatura se expresa en revistas creadoras, financiadas por ella misma y de discreta distribución. A las grandes revistas y a la prensa de prestigio sólo llegan los consagrados, cuando ya no tienen nada que decir y viven de sus tópicos e ideas puestas a interés. Mientras a los jóvenes se les silencia o se les ignora. «Si alguna vez figura un literato personal es cuando deja de hacer literatura

<sup>15</sup> Frente a esta filosofía decadente, obsérvense los principios enérgicos del Manifiesto del futurismo: I. «Queremos cantar el amor al peligro, a la fuerza, a la temeridad»; II. «Los elementos capitales de nuestra poesía, serán el coraje, la audacia y la rebelión».

<sup>16</sup> Léase Automotibundia.